

Amaryi

3, primavera de 2019

Las mujeres que me habitan

Autobiografías Parte II



SHEREZADE
Ediciones femeninas

Amaryi

#3, equinoccio de primavera 2019

Las mujeres
que me habitan

Autobiografías Parte II



SHEREZADE
Ediciones femeninas



SHEREZADE
Ediciones femeninas

Amaryi #3 - Las mujeres que me habitan

Autobiografías Parte II

Edición del equinoccio de primavera 2019.

Bogotá, Colombia.

EDITORAS:

Anna A. Miranda

Sonia Rodríguez

IMAGEN DE CARÁTULA:

Victoria Cañiblanco

© de la edición: Anna A. Miranda y Sonia Rodríguez.

El copyright de los textos e imágenes interiores corresponde a sus respectivas autoras, tal como se indica en cada caso.

PUBLICACIÓN EDITADA CON EL APOYO DE:



Proyecto Amaryi

www.facebook.com/amaryi.retornoalamadre/



Ediciones Chiquitico.org

www.chiquitico.org



Mujeres en círculo

info@mujeresencirculo.org

Contenido

Introducción	5
AutoBioConocimiento	
Revisando nuestra historia	7
Descubriendo en mí el misterio mágico y natural de ser mujer	8
<i>DIANA MARÍA MURGUIA MONSALVO (España)</i>	
Una hebra del Mandala	11
<i>SONIA RO (Colombia)</i>	
Una batalla contra mí misma	12
<i>ÁNGELA REYES (Colombia)</i>	
No soy una, ni cuatro, soy muchas	17
<i>ANNA A. MIRANDA (Cataluña - Colombia)</i>	
Resumen de una vida de mujer	21
<i>GLORIA ELVIRA GARCÍA (Colombia)</i>	
La ermitaña	27
<i>ANGÉLICA ROCHA (Colombia)</i>	
Reflexiones. Sobre contar nuestra historia y lo que cargamos en ella	31
El hogar del espíritu femenino	32
<i>LUISA ALEJANDRA OLAYA CH. (Colombia)</i>	
El relato autobiográfico	34
<i>LA BULLISUCIA (Colombia)</i>	
Las mujeres de mi vida, las mujeres en mi vida	37
<i>MARCELA RODRÍGUEZ PINZÓN (Colombia)</i>	

Amaryi

Las mujeres que me habitan

Instantes de Vida	
Historias dentro de la historia	40
Esa mochila sin resolver	41
<i>LUCRECIA DEMINGUE (Argentina)</i>	
Ondas en el oído	42
<i>ELIANA PAOLA CASTILLO PARRA (Colombia)</i>	
Miedo a una piel desconocida	44
<i>ALEXANDRA X. GÓMEZ (Colombia)</i>	
Atardecer	50
<i>LESLIE FERNANDA SALAZAR (del Universo)</i>	
La medicina va por dentro	51
<i>MARTHA PATRICIA VELANDIA LEÓN (Colombia)</i>	
Tiempo de viaje	53
<i>MARCELA DELGADILLO (Colombia)</i>	

**Nuestro siguiente número,
Amaryi #4 - Embarazos y partos,
será lanzado en el próximo solsticio
de verano (junio de 2019).**

[Ver convocatoria en inserto]

Toda mujer no es una sola, es muchas; toda mujer transita durante su vida etapas que, cual fases de la Luna, se caracterizan por distintos estados. No somos una, pero quizás tampoco somos sencillamente esos cuatro arquetipos lunares a los que tanta alusión hacemos, que coinciden con nuestro ciclo hormonal y nuestra luna interior; quizás tú eres seis, yo doce y ella quince.

Somos cíclicas, por eso las mujeres que nos habitan están presentes en nosotras periódicamente, son nuestras guardianas y guías, nuestra vulnerabilidad, nuestra armonía, nuestra locura. Ciclo a ciclo tenemos la oportunidad de atravesar, repasar y retejer estas fases, parirnos, renacer; por lo que cada reinicio es una oportunidad de aprendizaje y sanación, para volver a surgir fortalecidas.

Todas tenemos una historia que contar, y hacerlo es la oportunidad de recordar, de poner en palabras nuestra memoria —y así soltar, sanar— y, quizás, ser el aliento de otras que atraviesan una experiencia similar; todas podemos ser espejos, porque todas, aunque diversas, compartimos la esencia del ser mujer, y tenemos memorias uterinas comunes; mi dolor es tu dolor, mi alegría tu alegría, por eso hay una frase que dice “si sana una, sanamos todas”.

Para esta edición de *Las mujeres que me habitan. Autobiografías*, Amaryi recibió una gran cantidad de trabajos, lo cual nos honra y nos llena de gratitud. En aras de no dejar a ninguna participante por fuera —ya que cada historia autobiográfica es una ventana a todo un mundo y por ello consideramos que todas las voces debían ser reconocidas—, hemos decidido incluir a todas las autoras que nos contactaron. En algunos casos una misma autora nos envió varios trabajos, por lo que debimos seleccionar el que mejor se ajustara a esta convocatoria.

Aún así, reunimos bastante material para un solo número por lo que —teniendo en cuenta que esta es una publicación autogestionada y de corto tiraje— decidimos lanzar el fruto de esta convocatoria en dos partes: la que tienes entre tus manos es la segunda. En esta ocasión nos reunimos alrededor de la autobiografía como un escrito a través del cual nos reconocemos en nuestra luz y nuestra sombra; destapamos nuestra historia e identificamos elementos clave para nuestra sanación, transformación y crecimiento.

Asimismo, en este número se reflexiona sobre el valor de contar nuestra historia, la configuración de las historias familiares bajo el yugo del patriarcado y la importancia de romper con el mismo. También encontrarás fragmentos en los que se desvelan y narran instantes de vidas, historias dentro de la historia y confesiones no siempre fáciles, que honramos y agradecemos, pues una vez más nos demuestran que no estamos solas.

Un relato autobiográfico no es necesariamente un compendio detallado de toda una vida. Puede ser un destello, un instante, una mirada a un aspecto de la vida; puede ser la memoria de un segundo; puede ser una reflexión sobre nosotras mismas. Mientras lo hayamos vivido, sentido, habitado, ese momento ya forma parte de nosotras y nos puede contar. Con esta convocatoria quisimos permitir que esas historias le hablaran también a cada lectora, a cada lector.

La presente publicación es un trabajo colaborativo entre *Sherezade Ediciones Femeninas*, *Proyecto Amaryi* y todas las mujeres participantes, una creación hecha desde nuestros úteros y nuestros corazones.

Anna & Sonia



AutoBio Conocimiento

Revisando nuestra historia

*Solamente alguien que se vacía puede ser llenado de nuevo.
En el vacío está la luz del entendimiento.*

LAURA ESQUIVEL, MALINCHE.

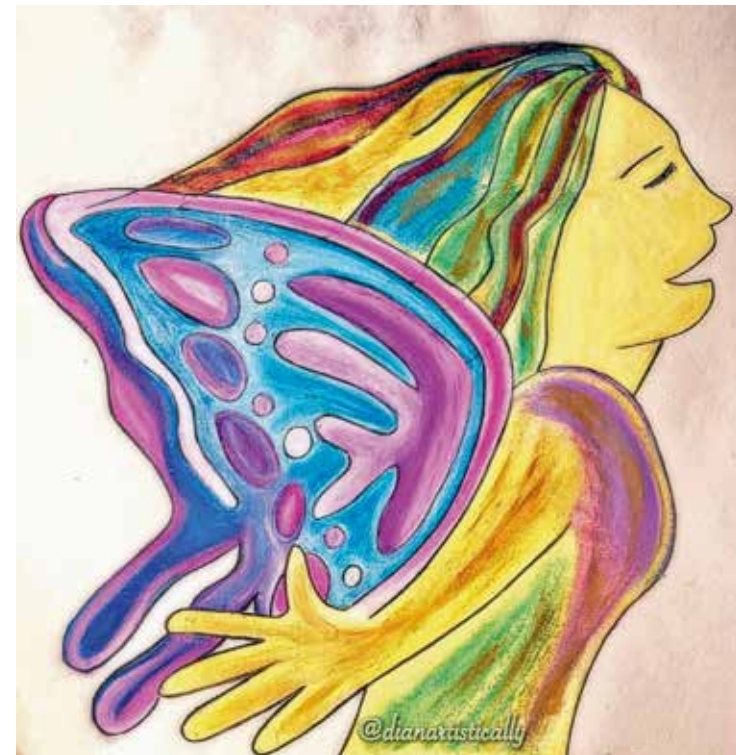


Imagen: Diana María Murguía

Descubriendo en mí el misterio mágico y natural de ser mujer

DIANA MARÍA MURGUIA MONSALVO (@dianartistically),
de Ciudad de México (México) e Iruña (España)

[Autora del texto y las imágenes que lo acompañan]

❖ 1

Desde niña me he sentido de colores.

Soy un ser de colores. Pero... ¿qué pasa? ¿Por qué mis colores están encerrados o contenidos? Mis colores no se ven. No brillan. Yo sé que están ahí pero, ¿por qué no relucen mis colores?

Desde muy pequeña desarrollé en mi cuerpo, mente y corazón una tristeza y soledad interior muy profundas... un sentimiento grande de desolación.

❖ 2

Fue hasta después de mis 30 años que comencé a comprender: comencé realmente a sentir... y encarnar.

“Mujer, la fuerza está dentro de ti”. Tus lágrimas y dolor tienen sentido, pero sólo si aprendes a escucharlos y a transformarlos. Reconoce en tu dolor tu propia fuerza de sanación y de renovación.

❖ 3

Comencé a sentir la potencia y la vitalidad que se ocultaban tras mi sufrimiento y tormento interior. Y con esa misma energía emergió también mi gran remolino de exasperación y cólera...

Reconocer mi rabia, notar mis sensaciones corporales cada vez que brotan y aceptar que estoy enfadada, que siento rechazo o frustración, es un regalo de escucha, liberación y observación compasiva que aún estoy aprendiendo a darme...

❖ 4

Respirando en silencio y calma puedo conectar y sentir la guía amorosa de la Mujer Sabia que vive en mí. Ella siempre está disponible.

He descubierto que ella cuida y protege los dones y los anhelos de mi ser niña y de mi ser adulta. Es ella quien los mantiene vivos: me los recuerda y susurra, en sueños o en vigilia, haciéndome sentir su fuerza y su latir.



❖ 5

Así, he llegado al encuentro con el centro físico, energético y ancestral de mi más grande poder de mujer: mi vulva, mi vagina y mi matriz. Las he descubierto a las tres como por primera vez: mirándolas, acariciándolas, sintiéndolas... Si me relajo y conecto con ellas, es más fácil para mí sentir, reconocer

y expresar lo que deseo y lo que no; lo que ahora me hace bien, lo que me hiere o lo que es momento de dejar ya...

❖ 6

Además, entre más conozco mi ciclo menstrual más he sabido respetar los distintos ritmos que vivo en un mes, beneficiándome de los cambios naturales de mi cuerpo y de mi ánimo. Mi ciclo es mi caja de tesoros: me conozco dinámica y creativa; seductora, en goce y divertida; me conozco despreocupada y generosa; me conozco destructiva y caótica; me conozco abatida y serena, sensible y en escucha interna...

❖ 7

Mes con mes, mi sangre toma su forma y su sentido. Con dolor o en ausencia de él, ella me trae un mensaje, basta sentirla con atención y cariño.

Aquel mes su mensaje fue: “Sin miedo puedes abrirte al cambio, te dará mayor libertad”.



❖ 8

Me he habituado a estar atenta a los símbolos de mis sueños, al latir de mi corazón, a sentir mi cuerpo, mis emociones y mi sangre.

Ahora mis colores brillan y vibran, cambiando con alegría y naturalidad.

Hoy soy, en adulta, la niña colorida que siempre seré.

Me siento profundamente agradecida y muy feliz. ❧

Una hebra del Mandala

SONIA RO, *de Bogotá (Colombia)*



Era Uno.

Fui carne
fui cuerpo
fui sueño
fui dolor
fui juego
fui silencio
fui rabia

no quise llamar la atención

me enamoré
fui cómplice

me enamoré otra vez
y mi corazón fue roto

—pero no mi verdadero corazón.

Así que volví a nacer.

Caí al pozo profundo
y de algún modo lo atravesé.

Sigo cayendo hacia la luz
hacia las estrellas.

Soy una.

Uno.



Una batalla contra mí misma

ÁNGELA REYES, *de Bogotá (Colombia)*

Nací un 7 de noviembre en un día lleno de nubes grises, un tanto triste y desolado. Mi padre, Rafael Reyes Pedroza, es un ayudante de construcción desde sus años de juventud. Mi madre, María Margot SÁCHICA Torres, ha hecho de todo: se ha matado en los cultivos de flores, ha vendido tintos, aromáticas y café* por las calles del barrio que me vio crecer, ha vendido ropa... y, en definitiva, ha luchado por mí y por mis dos hermanos con un gran carácter, ahínco y determinación. Tengo dos hermanos mayores llamados Leonel y Fabián, y es extraña mi “relación” con ellos, pues nunca hablamos, casi nunca compartimos y, en conclusión, cada uno anda por su lado y eso me duele.

Desde mi más temprana edad viví en un barrio marginal, triste y hundido en la pobreza. Y así, en este barrio, entre juguetes, amigos ocasionales, pataletas, bromas, con cierta timidez, solitaria, silenciosa, estudiosa, fui creciendo. Y a medida que pasaba esto me daba cuenta de que los otros niños me miraban de una manera extraña, decían cosas detrás de mí, huían de mí, se aprovechaban, había rechazo. Así fue y se fue mi infancia, y ni mis padres, ni mis hermanos, ni los mediocres profesores se dieron cuenta de todo el dolor, el odio y la baja autoestima que comenzaban a surgir en mí. Yo sí sabía por qué pasaba todo eso: desde que nací tenía un maldito problema en mis ojos llamado estrabismo y tener ese problema me dolía en lo más profundo de mi ser. Porque sí, yo quería ser igual que los otros, ser feliz, divertirme, tener verdaderos amigos; pero no, lo que me tocó fue hundirme, sufrir, llorar durante largas horas, maldecir a mi alrededor, ser una niña triste e infeliz.

Y así, toda jodida y sin ningún apoyo a mi alrededor que me diera las suficientes fuerzas para resistir, entré

a secundaria y, de alguna manera, ya sabía lo que me esperaba. Sí, queridas lectoras: más rechazo, más dolor, más infelicidad... porque los “compañeros” de ese año eran los mismos del año anterior, y así sucedió y, pues bueno, había que aceptar esa maldita realidad. Y para escapar un poco de eso decidí concentrarme en el estudio, aunque fuera algo muy complicado. Así, con ahínco y con ganas de huir, al final del año fui una de las que tuvo mejor desempeño académico.

El año siguiente fue peor, siguió el infierno y yo ya no quería quemarme más. Además de que me decían bizca y ñoña, comenzaron a decirme que era fea y ahí sí fue donde más me odié, porque creía que eso que me decían era culpa mía, y quería cambiar, pero no sabía cómo.

Ese mismo año me fijé en un chico que era uno o dos años mayor que yo. Y sí, aún en mí había esperanza de que pudiera encontrar a alguien diferente, especial, que pudiera aceptarme. Pero no fue así: ese chico resultó ser el que más daño me provocó. En una ocasión me dijo: “Yo jamás me voy a meter con una bizca”, y se largó, el muy desgraciado, y me dolió mucho más que los otros insultos, porque a él ya le estaba cogiendo cariño, viéndolo jugar canicas con sus amigos, o yendo a conversar con ellos, sonriendo, o viéndolo pensar en cualquier cosa en el recreo. Y eso me daba rabia, porque no quería dar amor a quien me despreciaba, así que decidí dejar ese afecto por allá en el olvido.

Al año siguiente dí mi primer beso con un chico menor que yo. Ahí me dí cuenta de que era mentira eso de que era fea. Ya me estaba emocionado con ese chico hasta que le contaron que yo era bizca y se alejó de mí. Al final de ese año 2013 me operaron para solucionar el problema de mis ojos. Yo estaba muy contenta porque iba a ser como todos, pero no salió como esperaba, el problema no se solucionó y ya no soportaba más. Corría el 2014 y volvió a suceder lo mismo de nuevo: un chico se fijó en mí y después le contaron

* En Colombia se denomina “tinto” al café negro, y “café” al café con leche.

eso, y de nuevo se alejó. Y es que no entiendo qué hay de malo en que sea bizca, si todos tienen algún defecto e incluso tienen pareja, se llevan bien con todos y son felices. ¿Entonces por qué yo no puedo hacer todo eso? ¿Será el karma?

Y seguro se preguntarán por qué no busqué ayuda. La respuesta es ésta: tanto mis padres como mis hermanos y mis profesores estaban tan pendientes y tan ocupados en sus metas, sueños y objetivos, que yo prefería no importunar y no manchar sus vidas felices con esa tristeza, ese odio, esos rechazos continuos, con esa vida tan jodidamente horrible. Entonces prefería tragarme todo y seguir aguantando.

En 2015 hubo un cambio radical en mi vida. Durante años mi madre había luchado incansablemente para conseguir su propia casa. Por fin en ese año la consiguió y por consiguiente nos vinimos a vivir a Mosquera*. Y pues a mí en ese punto de mi vida ya me daba igual todo, ya no creía en las personas. Para mí todos eran malos y crueles, eran terribles bestias agazapadas en pieles humanas. Y aunque pensaba todo eso, en el colegio en el que entonces empecé a estudiar todos me trataban bien, eran amables, cordiales, buenas personas. De alguna manera sentía que todo iba mejorando y así fue. Con el paso del tiempo comencé a dejar en el olvido todo eso horrible y miserable que había sido mi vida durante los últimos años.

En el 2016 me pasaron dos cosas increíbles. La primera fue que por fin conocí a un chico que me aceptó como era y no me rechazó por cómo me vestía o cómo pensaba. Sólo comenzó a quererme y a cuidarme de una forma enternecedora y hermosa. Lo otro es que a final de ese año iba muy mal en el colegio, iba supermal en castellano y la profesora nos dijo que debíamos leer un libro para pasar la materia. Debo aceptar que desde muy pequeña me gustaba leer, pero no sé por qué no lo hacía tan seguido. El libro se llamaba *Satanás*, del escritor colombiano Mario Mendoza. Yo desde que comencé a leer la primera página quedé completamente atrapada, me fui a otro mundo y ese viaje me

encantó. Desde ahí en adelante no he parado de leer. No leo por cultura o por volverme más inteligente; leo para volverme otros, para viajar, para morir, para reír, para llorar, para conocer más a profundidad la terrible condición humana, para no quedarme atrapada en esta realidad que tanto daño me hace.

Y así, entre libro y libro, me fui conociendo más y también recordando cosas terribles y dolorosas. En eso también fui descubriendo que quería ser educadora especial, que mi sensibilidad, mi nobleza, mis emociones y mis más profundos recuerdos encajaban perfecto con eso. No quiero ser educadora especial para que me acepten personas que también tuvieron que pasar por lo mismo que yo. No, yo quiero ser educadora especial porque veo en ello el sentido profundo de mi vida, mi vocación; veo ahí magia, amor por la vida, grandeza, sanación, resistencia.

Con todas estas expectativas se terminó 2017, me gradué del colegio e iba con todas las ganas para presentarme a la universidad, específicamente a la Universidad Pedagógica Nacional. Llegué sólo hasta la entrevista porque una pregunta lo arruinó todo, o mejor dicho, esa pregunta lo que hizo fue darme la bella oportunidad de poderme salvar de mí misma. Sí, de mí misma, de mis miedos, de mis inseguridades, del dolor... Me preguntaron: "¿Qué relación tienes con la educación especial?". Y yo, toda ingenua e ilusa, respondí todo lo que me había pasado en mi niñez y mi adolescencia, todo el dolor que había tenido que soportar, el rechazo, los insultos, la indiferencia. No lo pude evitar y empecé a llorar incontrolablemente. Tampoco podía hablar; ya de nuevo ese recuerdo laceraba todo mi ser y me hacía sufrir de nuevo. Yo creí que el afecto incondicional de mi novio, los libros, el arte y el buen trato que recibía de mis nuevos compañeros de colegio me habían hecho olvidar, pero no era así. Si quiero ser una educadora especial tengo que hacerme más fuerte, luchar contra ese dolor y ese odio y vencerlo, lograr un jaque mate contra esos que me insultaron y se aprovecharon de mí.

* Municipio cercano a Bogotá (Colombia).

Ahí voy luchando contra mí misma, porque en todo este tiempo me he dado cuenta de que, realmente, lo me que afectó como tal fue no haberme podido defender de todos esos ataques tan brutales y tan crueles que me propinaron. Me duele ser tan débil, tan frágil, alguien con tan poco carácter y determinación; eso es verdaderamente lo que a mí me duele. Ya qué me van a importar esos insultos, esas miradas, esos comentarios detrás mío; qué me va a importar ese vacío, esa superficialidad, eso tan banal y soso. Ya con libros y mi hermoso chico he entendido que eso que pasó se debe quedar en el pasado, que ya no importa, que es inútil darle importancia a esas personas, que debo seguir adelante y perdonar, y de alguna manera ya lo estoy haciendo. Y la manera es dejando morir poco a poco a esa niña a la que tanto daño le hicieron, a la que aún tiene miedo y dolor, a esa que nunca fue capaz de defenderse y enfrentarse a sus verdugos, a esa que le duele ser como es. Y que de en medio de las cenizas nazca una nueva chica, más fuerte, con más carácter y determinación, más segura de sí misma, más alegre, más soñadora, llena de locura y de amor por la magnificencia de estar aquí. Y sí, ya no me duele tanto recordar esos episodios, ya los estoy dejando en el olvido. Ahora sólo queda reinventarme como mujer, intentarlo de nuevo en la Pedagógica y llegar a ser esa educadora especial, para luchar incansablemente por esa población especial que tanto me conmueve y me emociona de una manera irracional. Y también mejorar la relación con mis padres y mis hermanos, para luchar juntos. Y sí, lo que debo hacer es resistir y no dejarme joder, jugarme todo por esto y nunca desfallecer.

Para terminar, quiero decirles a todas esas personas que han pasado por algo similar que no se rindan y luchen hasta el final; sonrían siempre, ahí está el secreto; y que se dejen morir, que no se aferran a ese cadáver. Por último, quiero agradecer a Anna por darme la gran oportunidad de conocer este bonito proyecto y contar mi historia. Infinitas gracias, de alguna manera escribir esto ha sido un ejercicio de catarsis, un ajuste de cuentas conmigo misma. ✨

No soy una, ni cuatro, soy muchas

ANNA A. MIRANDA, *de Barcelona (Cataluña) - Colombia*

[Autora del texto y la imagen que lo acompaña]

Me siento... trato de escribir lo que en pedazos de papel llevo recopilando un par de años... Años de trabajarme, mirarme, limpiarme...

No soy capaz... es demasiado, no sé darle forma, no sé expresarlo... o me da miedo expresarlo, admitirlo, contarlo.

“Pero tú... ¿siembras?”. Esta pregunta sembró la iniciación de mi camino en el Sagrado Femenino y en el —como lo llama mi maestra Zulma— Eco-Sangrado-Sagrado.

Ya hacía algunos meses que había botado la última compresa desechable, y usaba la copita de luna* desde hacía unos buenos años. Incluso hasta me había pasado mi última menstruación practicando el sangrado libre —apenas sin saber que eso existía— por los bosques de Palomino, en la costa al norte de Colombia; pero no había entrado en la reconciliación con mi sangre, ni en su reconocimiento como poderoso elixir de vida —ni nunca me había planteado la importancia de ello.

Luna Roja de Miranda Gray, mi primer temazcal, los círculos de mujeres, leer, leer, leer...; recorté mis primeras toallas de tela artesanales, trazos de sangre emanaban de mis dedos cada vez que menstruaba y empecé a ofrendar mi sangre en lugares aledaños a Santa Rosa de Cabal —un pueblito de Risaralda (Colombia)—, donde por aquel entonces habitaba.

Mujeres, mujeres, mujeres... mi vida empezó a impregnarse de su magia. Se abrió ante mí un camino por recorrer, con misión de vida incluida, esa que ahora tejo —la palabra del

* También llamada copa menstrual.



Yo puedo ser todas

autoCuidado y el autoConocimiento haciendo, humildemente, pedagogía por calles y espacios del lugar en donde me encuentro; la palabra del retorno a la Madre Tierra—.

Lo primero —junto con el reconocimiento de mi sangre—, fue empezar a comprender mi/nuestra conexión con la Luna y sus fases... que hoy me convoca a hablar de las mujeres que me habitan. Hay múltiples maneras de narrarlas y cosmovisiones para estudiarlas, pero hoy me apetece explicarlo de una manera más natural y orgánica...

Bruja...

que aparece normalmente cuando mengua la luna, cuando estoy cerca de sangrar, cuando sangro... y tengo sueños lúcidos, visiones e intuiciones; cuando alquimizo medicinas y plantas; cuando me siento segura de mi fuerza vital poderosa, profunda.

Madre...

que cuida, materna y mima; que a menudo se olvida de maternarse a sí misma —y esto cuesta más de un disgusto, así que ¡pilas!—, que se vuelca y se preocupa, que reparte aguas aromáticas y recomienda plantas —porque nunca pierde del todo a la abuela-bruja.

Vulnerable...

a quien durante largo tiempo se le había prohibido su espacio; ella estuvo acallada largo rato y ahorita se permitió de nuevo salir, llorar y estar triste, aun sin motivo. Vulnerabilidad que quiere poder *ser* sin ser cohibida, que quiere derramarse sobre otro y pedir cobijo, abrazo, ayuda.

Se cansó hace algún tiempo de su *deber ser* fuerte y alegre permanente...

Ahora ya llora cuando le apetece... ¡Ay, qué rico llorar! ¡Cómo limpia, cómo sana!

Acorazada...

que poco a poco, día a día, va rompiendo la coraza y aceptando la herida;

y ha aprendido que para que la coraza se resquebraje hace falta confianza, comprensión y valentía.

Sanar duele, pero ¡qué rico se siente!

Sexual...

por hartó tiempo confundida; ahora goza conCiencia, pero vivió mucho tiempo en un plano de demencia... ¿por su baja autoestima? Laſtimó, la laſtimaron, se equivocó, pero ya está limpiando.

Ahora sensual, gozadora, abierta a recibir el placer de la vida, que gime en orgasmos cotidianos, que experimenta y comparte sin las imposturas del mundo pornográfico.

Alegre payasita...

aunque a veces se le olvida. Pero, cuando recuerda, saca a pasear a su niña; baila, juega, ríe a carcajadas; teje con hilos de colores y con retazos de tela decora su vida.

Decidida

Indecisa

Extravertida

Introspectiva

Abuela

Niña

¿Incoherente?

No... Es que no soy una, ni cuatro... soy muchas.

Honro a todas las maestras-hermanas de camino por la luz, el abrazo, el acompañamiento, el apoyo y, sobre todo, el amor incondicional.

Somos una; si sana una, sanamos todas.



Resumen de una vida de mujer

GLORIA ELVIRA GARCÍA (*Gegi*), de Bogotá (Colombia)

Como fui la séptima entre ocho hermanos, tuve que generar alguna condición que me sirviera para ser vista y reconocida. Además me ayudaba el hecho de que era bastante activa, por no decir que era un poco hiperactiva —aunque en los años 60 se le llamaba una niña inquieta—, y fui así, como ayudando a todos con las cosas que me pedían: “Gloria, abra la puerta. Gloria, conteste el teléfono. Gloria, súbame el periódico”, etc., etc. Yo siempre estaba ahí para solucionar o atender lo que había que hacer y a veces incluso sin que me lo pidieran, yo era feliz haciendo las cosas.

A diferencia de mi deseo de congratularme con todo el mundo haciendo cosas, a mis dos hermanas —la que me seguía y la menor— no les preocupaba en lo más mínimo ser reconocidas, o eso parecía. Con los años ellas me increparon por ser la causante de sus dolores de niñas, ya que especialmente mi papá me prefería por ser su Goyita —término cariñoso con el que me llamaba—, y realmente a ellas no las tenía muy en cuenta.

También era feliz acompañando a mi papá al centro de la ciudad los domingos, al edificio de Avianca a recoger la correspondencia que le llegaba a lo que en esa época se llamaba un “apartado”, y caminábamos por la carrera séptima. Mi papá me invitaba a comer alguna cosita, hablábamos y luego regresábamos a casa.

Tengo que decir que, a diferencia mis hermanos, fui la que mejor comunicación tuvo con mi padre; pero esto solo fue hasta los 19 años cuando, en un impulso de adolescencia, dije

que me había casado, y me fui a vivir con mi novio, quien más adelante se convertiría en el padre de mi única hija.

Mi padre, un santandereano criado en Medellín con principios y valores católicos conservadores muy arraigados, con los años —como él mismo dijo— tuvo que aceptar muchas cosas, entre otras, que su niña preferida se le fuera de la casa a muy tierna edad y habiendo mentido acerca de su matrimonio.

Pero quiero hacer énfasis en los gratos momentos a su lado. Cuando me sucedía alguna cosa, en el colegio o con mis hermanos, mis primos, etc., siempre iba a buscarlo a su habitación, donde nunca hubo televisión, pero en cambio estaba su silla con su lámpara y algún libro que estaba leyendo en ese momento. Qué buen ejemplo nos dio; no sé por qué en el camino fuimos perdiendo el hábito de la lectura. Entonces yo me sentaba en el borde de su cama —porque mis padres nunca tuvieron cama doble, sino dos camas sencillas unidas—, y le decía que si lo podía interrumpir para contarle lo que me estaba pasando. Siempre encontraba en sus opiniones y consejos la solución a mis inquietudes.

Tardaría muchos años en entender que mi madre sentía un poco de celos por la excelente comunicación que nosotros manejábamos, y por los espacios que mi padre compartía conmigo y que deberían ser para ella, pero la atención de los otros hijos no se lo permitía.

Tuve una niñez muy feliz, pues ya las hermanas mayores trabajaban y le bajaban un poco la tensión a la familia en lo relativo a la manutención del hogar. Vivíamos en un barrio muy residencial, donde compartíamos con vecinos y amigos los juegos en la calle; hasta que a un vecino lo cogió un carro cuando jugábamos a “la Lleva” y tuvieron que enyesarle una pierna, y ahí se nos acabó nuestro plan principal por las tardes después de las tareas y los fines de semana. Estudié en colegios solo para mujeres, y en mi casa éramos siete, así que era un poco tímida en mi comportamiento con los

muchachos, tema que superé positivamente con los años. Realmente sin mostrarme vanidosa, tuve admiradores desde pequeña, pero creo que no supe apreciar a algunos y, por el contrario, me fijé en otros que no me convenían. Adicionalmente tuve tres amigos interesados en mí, pero en vez de saber manejar el asunto creo que le di muchas vueltas al tema, y al fin de cuentas me quedé sin ninguno.

Más adelante conocí al que fue mi primer esposo y padre de mi única hija. Éramos una pareja de adolescentes súper enamorados, pero realmente muy inmaduros ambos y, por obvias razones, esta relación no duró. Ya con 22 años estaba separada, con una bebé de 8 meses y de regreso en la casa de mis padres, que nos recibieron con todo su amor.

Aquí quiero hacer un recuento de un episodio difícil en mi vida. Como ya había contado, siempre colaboré con mis hermanas mayores en el cuidado de sus hijos, incluso lavé los pañales de mi primer sobrino y, cuando me necesitaron, allí estaba ayudando en el cuidado de los pequeños, siempre me han gustado. Pues resulta que cuando mi hija iba a nacer estábamos viviendo en otra ciudad y mi esposo decidió que para el nacimiento —que él quiso fuera en esa ciudad— vinieran a acompañarnos mi suegra, su esposo y la mamá de ella; así que no había cupo para nadie de mi familia. Entonces nace mi hija —que se demoró un poco en nacer—, y llega a brindarnos esta alegría. Pero como ellos no habían podido hacer turismo deciden, al día siguiente del nacimiento, irse de compras, y me dejan sola con la niña. Pues resulta que llega una enfermera y me dice que tiene que llevársela para hacerle unas pruebas. Esto pasó en la mañana, y eran las tres de la tarde y no me la traían. Yo empecé a molestar hasta que logré que me la trajeran. Me le habían sacado sangre y me la entregaron con la ropita manchada de rojo —tenían que ver su tipo de sangre porque era distinto al mío—. Pero lo que quiero contar es que, teniendo una familia

tan numerosa que hubiera estado acompañándome, fue el día en que me he sentido más sola en toda mi vida. Cada vez que cuento esto me sirve de catarsis porque lo recuerdo, y fue hace 37 años y aún me duele.

Difícil para mis padres —que ya habían criado ocho hijos y casado a la mayoría— tener que volver a empezar de nuevo, pues yo no quería ser una carga y me había propuesto estudiar y trabajar. Ya era educadora de preescolar, y pensando en la gran responsabilidad que era hacerme cargo de una niña, emprendí mis nuevos compromisos. Pero esto hacía que no compartiera casi con mi pequeña.

Finalmente también era una jovencita queriendo rehacer su vida y eso busqué con el tiempo. Conocí un personaje muy importante en mi vida, que fue quien me empujó a estudiar de nuevo y me ayudó mucho en esos comienzos. Lamentablemente, por dificultades laborales, su situación económica se vio desmejorada, y un poco su depresión y su desánimo terminaron nuestra ilusión.

Quiero en este punto hacer un reconocimiento a esa persona, un hombre de extracción humilde, incluso nacido en ciudad pequeña, que se vino a la capital a buscar horizontes y un futuro. Y aunque tuvo muchas dificultades, luego pudo realizarse profesionalmente. Hoy vive en Canadá, está casado y tiene dos hijos. Pero lo más importante fue cómo me apoyó en mi objetivo de estudiar más para hacerme profesional y poder tener un mejor ingreso, teniendo en cuenta que ya debería hacerme cargo de mi hija, porque aunque el papá en algo ayudaba, no era lo que yo esperaba para ella.

Así trabajé y estudié duro, fui ahorrando y con el tiempo tuve para la cuota inicial de un apartamento pequeño y en esa me embarqué. Entonces, cuando mi hija tenía 7 años, mis padres vendieron su casa y se fueron a vivir a un apartamento. Yo, quien ayudé en ese cambio, también entendí que era el momento de desprenderme de la casa paterna y me fui a

vivir a ese apartamento sola con mi hija. Fue muy difícil esa primera noche, porque me hice consciente de que a partir de ese momento yo debería ver por mi hija y por mí. No pude dormir de pensar en la responsabilidad tan grande que tenía.

Más adelante conocí a un hombre que era menor que yo, pero me motivó y enamoró que era bastante emprendedor y ambicioso. Lamentablemente, su inmadurez no permitió que nuestra relación fuera lo suficientemente duradera y un embarazo extramatrimonial fue el detonante para la finalización de esta relación. Fue muy duro; ya estaba yo en los 40 años, cuando te crees la reina del mundo, profesional y físicamente, y recibes semejante golpe emocional a tu autoestima. Tenaz. Lo peor de todo es que, haciendo honor al adagio popular de que un “clavo saca otro clavo”, muy rápido me embarqué en otra lamentable relación.

Entre tanto, yo había mandado a mi hija a perfeccionar su inglés, pues yo nunca logré aprenderlo y me parecía muy importante. Claro que más tarde mi hija vio ese viaje más como que yo estaba tratando de deshacerme de ella —dicho por ella misma—. Tristes situaciones; no fue una buena experiencia para ella, volvió antes de tiempo y con problemas de adicción, y yo ya me había organizado con el personaje de turno. Época difícil, pero gracias a Dios tuvo un buen final; mi hija logró superarlo y entrar a su universidad y yo acabé la relación con ese personaje.

Volvimos solas a nuestra casa donde éramos felices. Además fue un tiempo muy agradable porque compartimos nuestra casa con una hermana y su familia, que vivían momentos complicados, pero nuestra convivencia fue excelente. Como queremos a esta familia —que más tarde por distintos motivos se separó—, sus hijos fueron los pares de mi hija, por lo que siempre han estado en nuestro corazón.

Luego de un tiempo en que tuvimos oportunidad de vivir de nuevo juntas, y también separadas, por temas de estudio o de

parejas, mi hija estudió y se convirtió en una maravillosa abogada. Logramos recomponer nuestra relación, o eso creo, y ahora tenemos juntas una motivación: su pequeño hijo.

En cuanto a mí, conocí a otra persona que, aunque no cumplía las expectativas a nivel económico, laboral y físico para mi familia, a mí sí me logró conquistar. Es un hombre mayor, muy alegre y jovial, buen conversador, y una persona respetuosa y amable. Con el tiempo fue ganándose el cariño de la familia y ahora todos lo quieren y aceptan como es.

Logré una pensión anticipada con el banco en el que trabajé los últimos quince años laborales de mi vida productiva. A cambio, ofrecí —y he cumplido— destinar parte de mi tiempo y recursos para apoyar entidades sin ánimo de lucro. Es así como en la actualidad formo parte de asociaciones para adultos mayores, una cooperativa, y una fundación que tiene un jardín infantil con 108 niños pequeños.

Hoy me siento tranquila, porque cuando uno ya recibe una pensión de por vida, la paz y la tranquilidad que se sienten son deliciosas. Así que, de una forma organizada, se puede vivir cómodamente, sin lujos, pero sin grandes falencias.

Dentro de las cosas que sí he hecho, y en la que me he gastado los ahorritos y otras platicas, está viajar. Realmente me encanta y se puede decir que he viajado por más de cuatro continentes visitando algunos de sus países. Con mi esposo tratamos de organizar algún destino, preferiblemente nuevo, cada año si se puede. El viajar definitivamente le da al ser humano una visión más global del mundo, sus costumbres, su organización, su alimentación y también sus dificultades.

La vida es muy larga, y contarla en detalle puede hacerse en forma muy descriptiva y larga, o muy resumida y corta. Creo que esta última fue por la yo opté y espero sea de su agrado. Y un resumen: si una pareja no te sirve, búscate otra. Yo estoy en mi cuarto matrimonio y ya llevamos juntos 15 años felices, y espero que sea hasta que la muerte nos separe. 🐉

La ermitaña

ANGÉLICA ROCHA (*Fata*), de Bogotá (Colombia)

Ella ha estado siempre, de manera implícita, en mi existencia; desde el momento en que fui una semilla, mi “yo ermitaña” ha estado ahí, tras bambalinas, susurrándome, recordándome que también existe...

Me acompañó todo el tiempo mientras estuve en el vientre de mi mamá, nació de fragmentos de mi madre, de mi padre, de mis abuelas, de mis abuelos y de todos mis ancestros; llegó con el miedo de no querer ser de todos ellos, se configuró a ella misma con la apariencia de una sombra, con una pizca de vergüenza y al mismo tiempo de rabia, una rabia de existir en un mundo en el que te dicen que si estas solo no eres nadie.

Cuando tenía 3 años estuvo ahí, durante las tardes en unos escalones de piedra; a los 7, cuando conocí la palabra rechazo; a los 12, cuando no comprendía las conversaciones de la gente; a mis 14, cuando intentaba huir de la realidad; y a los 16 me perseguía jugando a ser adulta. Y aunque ella siempre estuvo presente, se podría decir que yo lograba ignorarla con cierta facilidad, corriendo detrás de percepciones ajenas, saturando mi tiempo entre una cosa y otra, envenenando mi cuerpo con sensaciones que solo dilataban mi verdad.

Y así, fácilmente transcurrieron los años. Ella siempre estuvo ahí, taciturna, muy paciente, esperando, esperando y yo siempre ignorándola; incluso en los momentos en que más la sentía, corría y escapaba de manera absurda, llenándome de gente, de romances inventados, de oficios, de modas, de responsabilidades ajenas, de vicios, ideas, discordias, e incluso llegué a entregar mi autonomía, mi libertad, todo. Todo con tal de no escuchar el eco de ella

dentro de mí, ese silencio profundo y ensordecedor que por momentos necesitaba transmitirme.

Podría decirse que durante muchos años fue una guerra fría, un rechazo violento y auto infligido que impuso mi “yo bullicio”, mi “yo mundana” con mi “yo ermitaña”...; de forma insensata una parte de mí —profunda y muy inconsciente— no quería, se rehusaba, como si se tratara de una competencia donde fracasar era sinónimo de estar en silencio y en *sol-edad*.

Entonces me encargué de construir un muro de miedo a ser solitaria y a no tener nada que escuchar más que mi propia voz. Y por supuesto, encontré siempre lo que buscaba, relaciones tóxicas, amistades banales, hogares sin espíritu, escasez de corazón. Me alimenté de la expectativa, de la idealización ingenua, pensaba que el silencio se acababa con el amor y algunas veces intenté opacarlo con sexo.

Así, lentamente, empezó la advertencia. Esta ermitaña se había cansado de estar encerrada, enjaulada y en aislamiento por tanto tiempo; entendió que si no hacía algo radical no iba a poder ser escuchada, llevaba demasiado tiempo callando y no podía más. Se enfermaron mi mente y mi espíritu, se apagó toda la capacidad de ver luz en mis ojos y mis sentidos estaban completamente adormecidos. Empezó un combate conmigo misma y yo aún no entendía que era conmigo el problema.

De repente, no hubo palabra, fe, sabor, contacto, imagen, sonido, abrazo, pañilla, sueño, cigarrillo, ducha, libro, trabajo, gato, medias, canción, amigo, nada..., no hubo nada que detuviera el silencio dentro de mí. Aquella ermitaña tenía miles de cosas por decir y otras por reclamar; ya no hubo ruido suficiente, ni personas, ni situaciones. Todo en mi existencia se puso en pausa, y no logré encontrar más escapatoria. Ella invocó a lo más profundo de mi corazón y al cielo mismo reclamando que no podía estar más tiempo siendo ignorada.

Ella y todas mis facetas sabíamos que si no la abrazábamos y escuchábamos seguiríamos estancadas.

Qué difícil fue aprender a escuchar el silencio, que tarea tan ardua fue observarme y lograr estar en paz, sin recriminaciones ni acusaciones, con un poco de compasión y pidiéndome perdón a mí misma. Qué vergonzoso fue darme cuenta de hasta dónde llegué y cuánta violencia permití, solo por escapar de mí misma.

Tengo que aceptar que llegó a ser aterrador. En algunos instantes esta ermitaña se vestía de fantasma y hacía ruidos en mi casa, me asustaba por las noches, me despertaba gritando y llena de sudor, con una angustia inmensa; sentía el corazón adolorido todo el tiempo y mis ojos no se cansaban de llorar; ella tenía mucho por decir y no encontraba palabras, solo caos. Otras veces se vistió de niña, de anciana, de amante, de loba y me recordó aquella magia que habita en mí; me recordó que no necesitaba nada de afuera porque adentro tenía todo un universo cubierto de polvo, un listado de sueños postergados, de motivos para ser feliz y agradecida, y una fe invencible que podía hacerme mover por sí misma.

Qué lento y dispendioso fue conquistarme de nuevo, me encontré bailando desnuda en medio de un aguacero, hablándole a una abuela roca junto a un río; pasé días en silencio profundo; mi cuerpo me obligó a ayunar; lloré sentada en loto intentando poner en blanco mi mente; le hablé al tabaco, a la sábila y a todas las plantas, preguntándoles cuánto tiempo más debía pasar así; contemplé atardeceres como si no existiera afán o mañana, y me detuve a observar cada uno de los dedos de mis manos y mis pies. Grité llena de histeria algunas veces y otras tantas renegué porque sentía que estaba tardando demasiado en despertarme del letargo, me sentí loca, desvariando y sin cordura... Sí, enloquecí un poco en el camino, y verme al espejo... qué difícil era verme al espejo sin sentir vergüenza; la sensación de saberme infiel a mí misma me opacaba la mirada.

Despacio, muy despacio, lento fue todo aquello. Mi ermitaña de paso necesitaba que aprendiera a ser paciente. Fue como volver a empezar, como aprender a caminar, aprender a estar en quietud, callar mi mente del ruido ensordecedor, enmudecer mi capacidad de opinar, criticar e incluso de ofender. Fue como sacarla de un coma profundo, de una amnesia intensa, el llanto se fue poco a poco como si no quisiera irse, y ese peso en la espalda se desvaneció por fin.

Con el paso del tiempo comprendí algunas cosas y ella también, se fortaleció mi carácter y el de ella también, aprendí a ser amorosa y algo coqueta conmigo misma, maduró mi capacidad de decir NO, y de repente ella también un buen día decidió decirme a mí y a todas mis facetas que huíamos de ella: NO.

Hoy camino con ella de la mano; no le huyo ni la escondo, al contrario, algunas veces la pavoneo en frente de otros, sin pena ni miedo; de tanto en tanto, aparto una cita e incluso un día entero —o varios— sólo para mi “yo ermitaña”. Vamos al cine, nos damos un baño de hierbas, caminamos por toda la carrera séptima o nos comemos un helado, la abrazo los domingos en la mañana e incluso hay días en que no hay palabras que decir, no hay diálogo, solo un silencio entre ambas que me llena de paz y me recuerda lo esencial. Ese silencio que tanto me costó aceptar, que hace parte de mí, que necesito para recordarme, para recapitular, para dialogar y reconfigurar, un silencio tan sano y necesario como el ruido del mundo que nos rodea cada día.

Esta es la historia de una de las tantas mujeres que habitan dentro de mí. Es un fragmento pequeño de la historia de emancipación de mi propio ser y de los enfrentamientos personales que algunas veces debemos asumir. Y ¿tú? ¿Ya te hablaste honesta y desnuda frente al espejo? ¿No hay miedos o conversaciones internas que estés ignorando o postergando? ¿Te has escuchado? ¿Ya decidiste saber quién eres? 🌸



Imagen: Diana María Murguía

Reflexiones

Sobre contar nuestra historia y lo que cargamos en ella

Ser nosotras mismas hace que acabemos exiliadas por muchos otros. Sin embargo, cumplir con lo que otros quieren nos causa exiliarnos de nosotras mismas.

CLARISSA PINKOLA ESTÉS

El hogar del espíritu femenino

LUISA ALEJANDRA OLAYA CH.

(El vuelo del capullo), de Bogotá (Colombia)

Cuando el espíritu sale de casa —cuando eso inevitablemente sucede— y se abandonan la luz y el calor tranquilo que el hogar brinda a ese espíritu, él se va, se va a ese mundo nublado, oscuro y sin nombres ni sentido; se encierra, él, el espíritu divino, en la cárcel de los mundos creados por la mente inquieta y autodespiadada, esos mundos que no alientan y hacen llorar el alma. Por eso hay que volver, regresar consigo, regresar al propio amor, al corazón, a su latir pasivo y sano, regresar al sentir, al sentirse de nuevo, a aceptar, a dejar ir la invasión de desesperanza y crear comienzos día a día que edifican.

Hay que regresar, y regresar a casa es verse, acompañarse con ese abrigo propio amoroso, sin juzgarse, sin lastimarse. Regresar es conocerse, enmendar y continuar, dejando los miedos en manos del fuego, del gran poder del fuego y su luz, esa luz que es el camino para limpiar y volar, para emprender y no desfallecer.

Hay que volver al corazón, a lo profundo de él, quererlo y compadecerlo; hay que volver para resolver, para perdonarse, para encontrarse, ver la paz de la que luego emanará magia, la paz que protege ese ser sensible, dócil y puro, imperfecto pero perfecto. Hay que volver, volver para enmendar y así poder soñar, imaginar y tejer horizontes claros, coloridos y fuertes, recogerse, envolverse en la luz violeta de protección y confianza; hay que regresar, regresar y perseverar, en el tiempo y espacio que el espíritu andante y torpe guíe, para actuar cuando el interior del corazón lo designe. Ese será el

tiempo de estar, de escuchar, de ver y aprender, de observarse y enseñarse, para entenderse y volar; ese será el tiempo que el hogar del cuerpo y el alma regalen para permitirse fluir, para que el espíritu herido y confuso regrese a la calma, esos tiempos que van y vuelven como las mariposas guías de las montañas, como los traviesos y fluctuantes sentimientos.

Hay que regresar, para encontrar la armonía, la bella armonía que es el camino para sembrar y recoger, el camino para estar, aquí o allá, aquí y ahora, siempre, estar. ☯



Imagen: Diana María Murguía. Arte Menstrual

El relato autobiográfico

LA BULLISUCIA, *de Bogotá (Colombia)*

¿Somos lo que contamos de nosotras mismas o somos en la medida en que nos sabemos/podemos contar? Creo que nunca antes como ahora nos hemos contado tanto a través de nuestros propios relatos. Esto no es nuevo, la humanidad ha encarnado diferentes ficciones, desde las políticas, las económicas, las históricas y —cómo no— las sociales, culturales y artísticas. Estas últimas las más visibles, las más exhibibles como ficción. Sin embargo, todas ficción; pero atención: son ficción en tanto invención, no en tanto lo fingido.

Quizás nunca antes como ahora hemos sido artífices de esa ficción. La causa directa de ese relato, condición inmanente de nuestra humanidad. Las autoras de una narrativa que exhibimos sin pudor ni condescendencia en los escenarios que hemos construido para ello. Un estilo de vida, un logro o un fracaso, un ser o estar aquí o allá, con este o aquel, contigo o sin ti. Exhibimos lo que comemos o lo que hemos dejado de comer; lo que enfermamos y, en el mejor de los casos, lo que sanamos; lo que hemos encontrado y lo que hemos perdido, incluso, a quienes hemos perdido; lo que vemos, lo que escuchamos, hasta lo que callamos. ¡Lo exhibimos todo! Incluso no tener una presencia es también una manera de posicionarse, de decirse y no decirse en la ausencia. De cualquier manera, todo acto en las redes sociales o fuera de ellas termina siendo un modo de contarse.

A veces me pregunto si lo que vivimos puede ser experimentado sin la necesidad de ser nominado, etiquetado, postado, publicado, republicado. Nuestra memoria ya no nos pertenece. Hasta Facebook ha empezado a reciclar nuestros recuerdos. A algunas les cuesta ver su rostro sin el filtro de Instagram; disfrutar de algo sin necesidad de verlo a

través de una pantalla a la vez que se retransmite; calmar la ansiedad de estarnos enterando de todo y nada mientras el dedo se desliza; experimentar un momento sin que sea parte de una instantánea, pero no espontánea. He visto personas perderse un atardecer mientras repiten una y otra vez la foto que les permitirá verse espontáneos —tanto como les sea posible— en medio de ese atardecer del que solo les quedará la zozobra del número de *likes* obtenidos.

Hoy en día queremos vivir momentos inolvidables que pasen a la memoria colectiva, que hagan parte de una “historia” que no durará más de 24 horas y, en ese afán de inmortalizarlo todo, se nos escapa la vida; pero —eso sí— la registramos, la enmarcamos en la pantalla que ya parece universal. Todas bajo el mismo ángulo, el mismo encuadre, la misma paleta de colores, los mismos gestos, la misma mueca. No solo nos estamos perdiendo del atardecer: se nos está perdiendo la vida. Hay quienes incluso pierden —literalmente— la vida y, lo que es peor, nos da risa retransmitir esa pérdida de visión, nuestra falta de perspectiva.

Qué gran paradoja que, siendo tan artífices del artificio que todas nos encargamos de viralizar, nos cueste tanto ser autoras de nuestra propia vida. Quizá este volver sobre un relato autobiográfico que se está escribiendo para ser leído, nos interpele acerca de aquello sobre lo cual queremos ser autoras, qué línea argumental estamos viviendo y qué voz estamos dispuestas a elevar. En suma, qué mujeres de las que nos habitan estamos dispuestas a encarnar/encarnar y poner al descubierto. Nunca antes como ahora estamos siendo autoras de nuestra vida y, sin saberlo, hemos olvidado distinguir entre fingir y vivir la ficción que nos hemos creado de nosotras mismas.

A veces ese relato autobiográfico obedece a las expectativas que creemos que los demás tienen sobre nosotras, expectativas que suelen ser una simple proyección de nuestros

propios miedos o autoexigencias. Otras veces, nos obligamos a vivir un relato que fuimos forjando con el pasar de los años, pero que no nos produce más que desencanto. Nos aferramos tanto a una versión de cómo debía desarrollarse la historia que nos cuesta trabajo renunciar a cualquiera de los papeles que decidimos asumir. Sublimamos en lo socialmente aceptado nuestros deseos y sueños más genuinos; las pulsiones y placeres están siendo comandados por el peso de la autoridad que le hemos delegado a nuestra racionalidad desenfrenada. Nos hemos perdido a sí mismas en el mar de relatos taquilleros, tanto que nos hemos olvidado de saber quiénes somos, qué nos ilusiona o qué nos quita el sueño.

Por eso, preguntarse acerca de las mujeres que me habitan implica ir al origen del relato. Supone indagar sobre quién es la autora de mi autobiografía o quién quiero llegar a ser. Cuál es su historia o cuál quiero que sea. Ahora mismo estoy en un punto muerto, en uno sin retorno, en uno de renuncia, de empezar en una página nueva, de aceptar que nunca se parte de cero; que sin importar cuán lejos o cerca esté de darle un giro a mi vida, yo soy la única que conoce el grado exacto en el que esto será posible. Cuánto de esto sea verdad o ficción solo está en mis manos, en las tuyas, en la de cada una de nosotras. Por lo pronto, yo me declaro en estado de renuncia permanente al papel de víctima, al de perfeccionista, al de saber con claridad cuál es el rumbo de mi vida, al de tenerlo todo bajo control, al de villana y única sabotadora de ese rumbo, renuncio incluso a obligarme a vivir lo que una vez creí que eran mis sueños. A lo único que no renuncio —aunque a veces me cueste lidiar con ello porque se ha vuelto mi mayor aprendizaje— es a tomar el riesgo de ser yo misma. ¿Estarías dispuesta a tomar el mismo riesgo? 🐾

Las mujeres de mi vida, las mujeres en mi vida

MARCELA RODRÍGUEZ PINZÓN (*Demar*), de Bogotá (Colombia)

En un trayecto triste recordé ese cliché que persiste década tras década y marca las historias de las mujeres, nuestras vidas: “Detrás de todo gran hombre hay una gran mujer”, y casi inmediatamente pensé: “Detrás de toda gran mujer no necesariamente hay un hombre (ni grande ni pequeño); en cambio, hay otras mujeres”. A su vez, varias imágenes matemáticas describen las relaciones que establecemos cotidianamente con los hombres, un conjunto A y un conjunto B que se superponen, intersectan o separan. Esta imagen dialoga con el cliché que recordé y seguramente con otros de los tantos que reproducen los estereotipos y roles tradicionales de género. Quisiera profundizar específicamente en un escenario donde se tejen dichas relaciones: las familias, algunas familias.

En algunas familias sucede que detrás de ese gran padre de familia, hay una madre de familia, una mujer que ha asumido algunos costos con su vida misma, con su cuerpo. Puede que detrás de un padre de familia irresponsable o frustrado haya una madre que también asuma muchos costos por acción u omisión. Entonces esa gran mujer es la que gira en torno a la realización de un hombre, o la que “sacrifica”



Cantinera. Leslie Fernanda Salazar

sus sueños y planes de vida con tal de que el hombre al que ama los realice. Esas mujeres existen hoy, entre otras razones, porque la sanción social que acarrea la transgresión a una institución tan “sagrada” como la familia es altísima.

La familia, esa histórica institución patriarcal, está en crisis. No solo cambia permanentemente, sino que está enferma y —como nuestro sistema de salud— se la atiende con paliativos. Muestra de ello es que reproducimos las conductas disfuncionales de nuestros padres y madres, a veces simultáneamente, e incluso de nuestr_s ancestr_s. Por naturaleza las familias son imperfectas, igual que quienes las conformamos. Sin embargo, los costos para mantenerlas unidas, vigentes y activas son distintos para ellos y para nosotras. La pregunta es: ¿vale la pena?

Con esto no quiero decir que la familia deba defenderse o destruirse como sea, puesto que más allá de esta visión dicotómica que limita una lectura acorde con las realidades, dinámicas y situaciones que vivenciamos día a día, es necesario cuestionar con el útero —en nuestro caso— su sentido social y político. Antes no era una de mis certezas conscientes, pero hoy reconozco, acepto y celebro que ningún ser humano esté en capacidad de atender *todas* las expectativas de otro ser humano, por lo tanto es insostenible una apuesta como esta. Pero aún así, decidir por acción u omisión conformar una familia implica un pacto tácito que incluye abnegación, resignación, fidelidad, compromiso, amor eterno o hasta que la muerte nos separe..., con casamiento o arrejuntamiento. Se trata de un contrato que firman las partes cuando ninguna de ellas puede cumplir todos los días y por siempre con las obligaciones generales y específicas allí establecidas.

Nos corresponde continuar desvirtuando las creencias falsas y los mitos asociados con los cuentos de hadas, príncipes azules disfrazados de animales desagradables o monstruos, princesas rosadas que necesitan que las salven, cuentos que omiten el desenlace y el final después del inicio que termina

en la frase: “Y fueron felices para siempre”. Hace poco una profesional mencionó en un conversatorio una frase que no olvido: “Cada familia vive una tragedia, cada persona tiene su propia tragedia familiar”.

¿Cómo desvirtuamos estos mandatos poderosos? Establecer acuerdos realistas y equitativos que recreen otras formas de relacionarnos con quienes formamos lazos irreversibles es necesario. Pero esto requiere del concurso de los hombres, la pérdida de privilegios, la redistribución efectiva de las labores domésticas y de cuidado, el reconocimiento en la práctica de la igualdad de las mujeres —no solo jurídica—, el no ejercicio de violencias contra las mujeres en razón al ejercicio de la autonomía sobre sus cuerpos y la toma de decisiones que transgreden los estereotipos y roles tradicionales de género, la erradicación de discriminaciones, exclusiones y subordinaciones simbólicas y concretas..., incluso la extinción del patriarcado. Encontrarnos entonces con otras mujeres y confabularnos para gestar, parir, amamantar y criar proyectos emancipadores y libertarios constituye una alternativa transformadora para nosotras, ellas y ellos simultáneamente. También la maternidad debería constituir un proyecto emancipador y libertario; al fin y al cabo, de eso depende que los ciclos viciosos y opresores contra las mujeres se interrumpan y transmuten.

Esta reflexión es de una mujer profesional, madre, en proceso de revisión de la familia que conformó hace aproximadamente una década, integrante de una *colectiva**, hija de una feminista espontánea, feminista artesanal y aprendiz de muchas maestras que la vida encuentra en el camino, una urdimbre donde otras mujeres no compiten entre ellas, pero donde competimos con los hombres. Existen otras urdimbres, tantas como mujeres, y yo comparto sobre aquella donde me tejo cotidianamente. ✨

* La autora usa el término *colectiva* para resignificar el género del término y reivindicar lo considerado marginal simbolizado en el escaso uso de la letra *k* para el idioma español.

Instantes de Vida

Historias dentro de la historia



Imagen: Diana María Murguía. Arte Menstrual

*Actúo con deliberación
y sin miedo
a nada.*

AUDRE LORDE,
FRAGMENTO DEL POEMA *DÍA DE AÑO NUEVO*

Esa mochila sin resolver

LUCRECIA DEMINGUE (*Lucre*),
de Bahía Blanca (Argentina) y buena parte del mundo

Empecé a querer acomodar todo a las 10 am.

La cantidad de vueltas que una persona puede dar cuando tiene que hacer algo que cree que no puede hacer, son infinitas. Siempre creo que tengo cuatro cosas y terminan siendo cuatro billones. Sinceramente, no sé cómo se acumulan. Pero están. Y hay que meterlas en una mochila que nunca es una. Son dos, y una valija, y otra más chiquita, y un bolsito pequeñito para los papeles, y las llaves y las cosas del baño y la cocina y su puta madre... y por último terminan bolsas y almohadas colgadas y atadas a las mochilas.

Y miraba las cosas y miraba las mochilas.

Paró de llover. ¡Genial! Me voy a la biblioteca a devolver libros, y la despedida con la bibliotecaria dura hora y media aproximadamente. Por las dudas paso por el banco y, ya que estoy, voy a hacer aquel trámite del teléfono que nunca hice en seis meses... No. Basta. Tengo que volver y enfrentar a las cosas y a las mochilas.

Me cae justo el mensaje de una amiga que me imagina puteando. Ni que me conociera. Me río de los mensajes de otras amigas y después me cuelgo por teléfono otra media horita planeando un reencuentro mañana a la noche.

Siento que no llego más. Igual la hora voló. Puse música al palo y metí todo como pude. Quedó para el orto, pero quedó. A todo esto me di cuenta que ni comí. Tengo un nudo que no sé si está en la glotis, el pecho, la panza, o sube y baja como le da la gana. Da igual, la *nerviosidad* siempre te matará por dentro.

Me acabo de sentar, café con leche en mano. Estoy esperando que me vengán a buscar para ir a Palma. Me acabo de despedir de dos compañeros de piso y de trabajo que fueron geniales. Odio las despedidas. Soy muy mala para todo esto. Hay situaciones que, parece, siempre me van a desbordar. Qué *heavys* me resultan los finales. Incluso, hasta los más deseados. ✨

Ondas en el oído

ELIANA PAOLA CASTILLO PARRA
(Eli Pao), de Bogotá (Colombia)

Por mucho tiempo no recordaba ese episodio, pero al hablar de la infancia fueron llegando las imágenes. Sentada en el suelo del comedor de la casa, aquella en la que de chicos jugaron, estudiaron, rieron y lloraron, esa que llena su corazón de nostalgia.

—Las escondidas siempre fueron tu juego favorito—, le dijo con los ojos fijos en el suelo.

Ella permaneció en silencio, inmóvil detrás de él sin siquiera mirarlo. Se mantenía firme, apenas contemplando algún punto a lo lejos.

—¿Recuerdas que de niños, cada vez que pudiéramos, con Diana, Carlos y Diego, permanecíamos horas y horas buscándonos, gritando por toda la casa, hasta que Betty o mamá se enfadaban con nosotros y nos obligaban a detener nuestro delirio? —se sonrió—. Jugábamos Caucho, Policías y Ladrones, Stop, la Lleva, Tarrito, Piquis, tirando piedritas a ver quién llegaba más lejos. Siempre fuiste la campeona —dijo, lanzando una piedra y siguiendo el trayecto de las ondas con su mirada.

Ella, con la misma sonrisa y aún en silencio, siguió también el recorrido de la piedra, onda tras onda.

—¿Recuerdas que amábamos nadar hasta la plataforma de madera para después quedarnos acostados de cara al sol? —aseguró con una nueva sonrisa.

—Y, ¿recuerdas que jugábamos a atrapar ranas y lagartijas? Ahí sí te ganaba yo, era el campeón —sonrió una vez más.

Con cada recuerdo tiraba una nueva piedra para seguir las ondas con su mirada. Ella con una sonrisa fija hacía lo mismo una y otra vez.

Las piedras eran cada vez más grandes, las lanzaba con más fuerza tratando de llegar más lejos.

—¡No sé por qué se me tuvo que ocurrir jugar al monstruo del pantano! —sus ojos se llenaron de lágrimas mientras arrojaba con rabia una piedra grande que, en vez de rebotar y hacer ondas, rompió la superficie del agua con violencia—. Me haces falta, Annie. Me hace falta escucharte.

Ella desdibujó de su cara la sonrisa y volvió su mirada hacia el punto fijo, al terreno cenagoso que había en una de las orillas del lago.

El revoltijo que causó la caída de la piedra finalmente se desvaneció, y apareció de nuevo el reflejo en el agua. Sólo su imagen se hizo visible, la de su hermana se había ido. ✨

.....



Imagen: Diana María Murguía

Miedo a una piel desconocida

ALEXANDRA X. GÓMEZ (*Oriana*), de Bogotá (Colombia)

—¡Dame más, dame más! Respira, respira... ¡otro más!— me decía en la fricción de nuestros sexos. Mientras el ritmo cardíaco iba en aumento, mi vagina se abría, los pezones se endurecían, el sudor aparecía en todo el cuerpo. Excitada, explotaba un orgasmo tras otro; al instante cada uno era bautizado con un número y él llevaba las cuentas.

La última vez que supe de él fue a través de un mensaje suyo: —No me esperes, no tengo dinero para viajar—. Le había comprado unos tiquetes aéreos a él y a su hija para pasar un fin de semana en Cali. Aunque insistí en asumir con cariño todos los costos del viaje para que estuviéramos juntos, se negó y desapareció. Lloré por varios meses hasta convertir esta sensación en nostalgia.

El recuerdo de la piel, las contracciones rítmicas profundas de éxtasis, mi deseo reprimido, hicieron que lo buscara seis meses después. Ese encuentro fue la resurrección, habitando nuevamente su cama, amando su olor, combinando líquidos esenciales para el elixir de nuestro propio perfume de cuerpos desnudos. Ese momento era lo único que me pertenecía.

Aumentó la intensidad de los orgasmos, descubrí posturas sexuales que resultaban muy cómodas, al ser él muy diestro en el manejo de almohadas —una debajo de la pelvis, por ejemplo, cambia el ángulo de penetración generando más profundidad—. Entré al juego del espejo y la fascinación por espiar, mirarnos y ser testigo de una imagen en movimiento revelada simultáneamente. Cuando mi clítoris y mi respiración se agotaban, él descargaba su leche animal.

Después de cada encuentro terminaba cansada, con sed y ganas de dormir mucho. Pasaba unas cuantas horas sintiendo las diásporas de miel contenidas en el aire después de sentirlo y, cuando salía de su apartamento, entendía que había despertado mis dendritas y llenado un poquito más el vaso de la tristeza. Era el pacto conmigo misma; sabía que allí sólo encontraría sexo, pero mis anhelos aspiraban a que él estuviera ahí para compartir la vida. Separé la mente del corazón y así continué unos meses más, para revivir por unas horas y morir el resto de la semana.

Sus mentiras aumentaron, se aseguraba de que su celular siempre estuviera consigo, incluso para ir al baño. Yo buscaba caminos para escapar sin lograrlo, hasta que una tarde escribió un mensaje en Facebook a través de un juego poético de palabras, haciendo explícito que fuéramos sólo amigos: —Debemos repensar y trascender nuestro cariño a algo más claro (...) sin hacernos daño—, escribió él. Lloré y acepté esto con un silencio trascendente.

Llevaba un año en búsqueda de trabajo y sosteniéndome por la solidaridad de algunos amigos. Inicié a concentrar todas mis energías en buscar formas de conseguir nuevos ingresos económicos; accidentalmente llegué a participar en ferias artesanales vendiendo materas con formas de animales. Con ello me distraía, borraba la amargura de la despedida y pasaba los días cercanos a diciembre saboreando nuevos platillos exóticos al paladar.

Lo primero que pasó por mi lengua fue salmón al horno con papas en salsa roquefort y vino francés. Acepté esta invitación de almuerzo de un hombre solitario que me abrió un día las puertas de su apartamento para entregarme unas plántulas de pimienta traídas desde el Putumayo, que eran el encargo de una amiga. A partir de este momento fue el comienzo de múltiples invitaciones a comer y la insinuación de recorrer Ecuador en moto.

Sus habilidades de coqueteo estaban en cocinar, y por mi fascinación en probar alimentos y sabores desconocidos para aislarme de la realidad empezamos a encontrarnos alrededor de la comida y las tristezas; fue el imán que nos atrajo. En ese momento sólo habían largas conversaciones en su apartamento; me emborrachaba a punta de vino, él dormía en su cama y yo en el sillón. En aquellos días adormilé el deseo, no quería estar con nadie y puse un caparazón.

En diciembre descubro unas verrugas en los labios de mi vagina y mis nalgas. Lo primero que hice fue buscar en Google y eran indicios del Virus del Papiloma Humano (VPH). Me asusté, y las pocas mujeres a las que les conté insistieron en que me hiciera una citología, pero no estaba afiliada a una EPS*, ni tenía dinero para acceder a una cita particular.

Mi chef preferido después de varios meses de sesiones de vino, desborde de recetas y paseos en moto, intentó por primera vez besarme y decidí perderme en su boca con la ansiedad que me causaba un hombre que casi doblaba mi edad. Me sentí a gusto pero detuve el siguiente nivel que provocan los besos intensos; seguidamente afloraron lágrimas acariciando mi rostro y en sollozos le conté que creía tener VPH. Evité decirle que me sentía sucia, incómoda y horrible, y lo que menos quería era que alguien me viera con estas protuberancias aflorando como acné de adolescente.

Me escuchó de una manera muy tranquila y me prestó el dinero para la citología. El examen salió positivo, encontrando cambios diminutos en el cuello uterino. Apenas recibí los resultados sentí rabia. Me indicaban hacerme un examen más específico para detectar qué tipo de VPH tenía, ya que se han identificado alrededor de 12 clases y algunos son cancerígenos; además debía contarle a mi última ex pareja. Durante los últimos meses de encuentros yo intuía que él mantenía otras relaciones de pareja a la vez y accedí en varias ocasiones a tener relaciones sexuales sin condón porque él aseguraba que disfrutaba más el sexo sin protección. Lo llamé.

* En Colombia, Entidad Promotora de Salud.



Imagen: Diana María Murguía

Nos encontramos en la banca de un parque y le mostré los resultados como prueba de que no era producto de mi invención. Le pedí que usara condón porque tal vez él era el transmisor. Me pidió perdón, se marchó y no lo he vuelto a ver.

Inicié con remedios caseros colocando empaños de ajo para remover las verrugas. En el segundo examen, que fue más costoso, el ginecólogo determinó que el VPH no era cancerígeno. Debía tomar un antibiótico y estar en observación nuevamente en seis meses.

A pesar del concepto médico tardé en volver a tener relaciones sexuales y reencontrarme con mi útero, con el lugar que gesta la vida y es centro creador de energía vital. Los labios vaginales opusieron resistencia, el clítoris se mimetizó, mi vagina fue invadida de miedo para abrirse nuevamente a una piel desconocida.

Volví a desnudarme y abrir las piernas con licencia para la unión. Ocurrió una noche, cuando la ciudad comienza a descansar, y el gran ventanal de su apartamento traspasaba por la cortina la luz de los noctámbulos. Al terminar nos envolvimos en una cobija amarilla para una cama semidoble y nuestros cuerpos de manera inconsciente tomaron una breve distancia. Al momento comencé a sentir una leve irritación en los labios exteriores de la vagina y la molestia la distraje con el sueño. Así ocurrió por varias ocasiones; pretendía que mi cuerpo se acostumbrara a la sensación.

Intuí que el malestar sucedía por no tomarme el medicamento indicado en el tratamiento, dado que no tenía el dinero para adquirirlo. Habíamos llegado al acuerdo de que él lo compraría. Al pacto le sumó el comentario: —Pero nos lo tomamos los tres, ¿no?—. Sonreí irónicamente y no le di importancia.

Él es profesor universitario y por su trabajo debe apoyar con clases de nivelación semestral en algunas regiones de Colombia. Me invitó a que lo acompañara en un viaje en moto. Acepté y acordamos que mientras él daba clases yo me dedicaría a hacer algunas entrevistas para un artículo periodístico que deseaba escribir. Esa fue nuestra rutina, un par de días en tierras de oro negro y desposeídos. Yo llegaba con historias de muertos y él descompuesto por mentes que procesaban lentamente el lenguaje alfanumérico.


El cuarto del hotel no tenía ninguna ventana. La tibia mañana nos abrigó desnudos y los sexos se atraían. Cuando me penetró sentí un dolor intenso y una quemazón. —¡Sal, sal!—, grité desesperada. Él se molestó, le mencioné cómo me sentía y replicó: —Eso es cuestión de bañarse bien—. De inmediato me encerré en el baño, abrí la ducha y me puse a llorar desconsoladamente. Cuando me calmé, me vestí y salí de la habitación. Duré varias horas dándole la vuelta al pueblo con el dolor que me invadía; recordé que tenía algo de dinero y compré unos óvulos. Al regresar al

hotel hablamos de esta situación y en nuestra conciliación apareció nuevamente su compromiso con la compra del medicamento pendiente.

La fórmula estuvo en su comedor dos semanas después del regreso de nuestro viaje, lo cual evidenciaba que no era de su interés. Una bella amiga se enteró y me prestó el dinero para comprar el recetario de la fórmula médica. Eran cuatro cápsulas de un empaque blanco y rojo que debíamos compartir. Yo me tomé las dos que me correspondían y las restantes se las llevé. Le indiqué de mi irritación y que por salud era importante que también se las tomara. Le abrí el paquete de protección de la cápsula y le brindé un vaso con agua, asegurándome de que la ingiriera. Lo hizo y volvió con su comentario: —Pero es para los tres, ¿no?—. No hice ningún reparo a su frase, él me aseguró que se tomó la siguiente a las 12 horas, tal como había indicado el ginecólogo.

En unos días descubrí que mi irritación fue el conjunto de varias situaciones: el permanecer tanto tiempo en moto, desplazándome por climas calientes; el sudor y el contacto de la vulva con la ropa y la silla caliente de la moto provocó la quemazón. Esto sumado al ardor que aparecía después de cada relación sexual.

Posterior a la toma de las cápsulas, los óvulos y un antibiótico por 15 días, desapareció la incomodidad vaginal. Mi profundidad entre piernas respondía a la estimulación que recibía; el deseo siguió habitando la misma escena con la cobija amarilla, a veces encima de ella o como límite para marcar la frontera del espacio para amar.

Transcurrieron los meses y actualmente es posible que otro perfume envuelva su cama. Nos abandonamos sin explicaciones dadas y cada uno con un supuesto. Ahora llevo largos días en quietud de pieles por conocer, y se acerca el tiempo de volver abrir las piernas para el espéculo. 

Atardecer

LESLIE FERNANDA SALAZAR
(*Psiconautica Alkimia*), del Universo

[Autora del texto y la imagen que lo acompaña]

Cae
cae dibujando
 en tinta azul
 verdes molinos, ramas, miradas azules
vuelo
caigo...
al vacío... mar adentro
mar afuera
hasta el tope llena de aguas sepias

✎



La aburrida

La medicina va por dentro

MARTHA PATRICIA VELANDIA LEÓN
(*Pattyvel*), de Bogotá (Colombia)

Desde niña me aparecieron unos brotes en la piel que me producían mucha picazón, sobre todo en los pliegues de los brazos, en las corvas, en el cuello, en la cintura... Mis padres me llevaron al dermatólogo y el doctor dijo que era una dermatitis atópica de origen genético... un nombre un poco extraño, que yo realmente no comprendía. Los médicos decían que yo nunca me iba a curar. Que debía consumir unos químicos llamados corticoides, para disminuir los síntomas. Esta enfermedad se me exacerbaba cuando estaba estresada o consumía carnes, alimentos con grasa y comida condimentada.

Cuando empecé a estudiar naturopatía me contaron de un tratamiento muy particular, llamado orinoterapia, que ha sido utilizado desde tiempos remotos por las culturas ancestrales. Al principio me pareció muy antihigiénico, por todo lo que me habían enseñado sobre la orina, que era algo sucio, un excremento del cuerpo... pero unos días después tuve un sueño que me confirmaba que yo me iba a curar de mis lesiones en la piel tomando la orina.

Así que empecé a investigar en diferentes fuentes sobre la composición real de la orina y encontré que es un filtrado de la sangre que está lleno de maravillosos componentes, que tienen propiedades benéficas para el cuerpo. Sobre todo la orina que producimos al levantarnos, porque mientras dormimos hay una alta producción de calcio, cortisona natural, genisteína, interferón, melatonina, prostaglandinas, urea, etc. Comprendí que cuando yo consumía la orina me estaba autovacunando. Al aplicarla en mi piel estaba estimulando la circulación, humectándome y rejuveneciendo.

Mi güita amarilla ha sido mi bendición para restaurar mi salud física, mental y emocional. Comencé a tomarla con



Mujer Mariposa. Sathya Vanessa Díaz Velandia (Azulhada)
Dibujo hecho por la hija de la autora

jugo de naranja en ayunas. La recogía en un recipiente muy limpio, me tomaba una parte y la otra me la aplicaba externamente, dejaba que secase y me la juagaba. Después la empecé a tomar calientica, después de que salía de mi cuerpo. Tomaba la mayor cantidad de veces posible en el día.

Poco a poco empecé a sentir menos malestar en mis lesiones. Desarrollé una crisis curativa a los 15 días, todo el cuerpo se me enrojeció de tal forma que era como una nueva capa de piel, se reseca, escamaba e iba cambiando hasta convertirse en la piel de una bebé, suave y tersa. Esta sanación duró seis meses. Yo acompañaba mi orinoterapia con yoga, meditación, masaje con aceites vegetales y esenciales, dieta vegetariana y bastante agua.

La piel es el órgano más grande del cuerpo humano. Ella envuelve nuestros músculos, huesos, sistemas. Es el límite externo con nuestro entorno. Es el órgano de las relaciones; a través de ella interactuamos con el mundo. Entendí que era la renovación de mis relaciones, la sanación de mi ADN y que mi medicina se producía desde adentro y se reflejaba afuera.

Bogotá, octubre 30 de 2018 🐉

Tiempo de viaje

MARCELA DELGADILLO (*Mapu*),
de Bakatá (*Mhueketá*), Colombia

¿Cómo hacer perdurar la animalidad, *hermosidad*, y vértigo alucinantes de la Locura en medio de una vida estable? ¿Cómo traer lo sorprendente del viaje al día a día? ¿Cómo no volvernos tan locas ni tan cuerdas? ¿Dónde está la línea difusa de ese equilibrio?

Acá ofrezco algunas pistas, recolectadas de agendas viajeras de acá y allá del Sur de América, durante diez años de travesías y aventuras prosaicas.

Siempre

Los hoteles sin número de estrellas tenían una infinidad de mundos paralelos que la sorprendían. Esa pieza comprendía cinco esquinas interminables, de madera con cal y mulemba. Quería andar desnuda en la calle, como la mujer de Man Ray. Quería escabullirse en ella, y caer consciente siempre, rendida al mundo de los sueños.

Pasar ligera en medio de la vida transeúnte.

Itu

Quiero quitarme el cuerpo.

Dejar en la sala la cabeza, en la terraza el corazón,
en el pasillo las vísceras.

Lamentablemente no puedo. Todo se combina.

Quiero dejar mi cuerpo detrás del camerino, y entonces hacer un baile atravesado de palabras, de sentidos, de olores y de viajes.

Sin pensar en quién soy frente a ti, frente a él-ella, frente a esta humanidad.

Noche lluvia

Como el árbol que puede estar de fondo en un libro, del que cuelgan aretes de hojas y aretes de gente bailando, y de

* Bakatá y Mhueketá son el nombre de Bogotá en lengua muisca. Mhueketá viene de la palabra originaria en Muyscubun.

tacones y tambores, porque en los oídos llevamos lo que hemos oído, y lo que hemos oído no es más que nuestro ombligo, nuestro vientre.

Manoa

Hoy estaba en la Biblioteca Nacional, y de repente se aparece un viejito con gafas de vidrio, inmensas, con barba de cana y cabello largo de experiencia, pidiéndome un esfero, y lleno de tinta en las manos porque se le había dañado el de él... De repente, al devolvérmelo, me invita a una clase que da de economía política y luego a una de latín, a otra sobre los mhuiskqas..., me habla de una guerra naval que sostuvieron aymaras y mhuiskqas contra los colonizadores, y de la que quedó una ciudad perdida por debajo de Bolivia... Y de repente se va, y yo me despierto del sueño y me doy cuenta que era real... Mi mamá me dice que es un ángel...

Raíz

Como me quedo tomando tinto y comiendo maíz pira, como me quedo acariciando a un gato mientras se duerme en mis piernas, mientras pienso en aquel lugar para visitar en estos días un poco somnolientos, un poco perezosos. La ciudad se vuelve a poblar.

Algunas partes de mi cuerpo se condensan y se diluyen en diferentes texturas, vuelven a respirar, porque se los permito en cortos espacios fotográficos que quedan grabados como tantos otros.

Somos pies y camino en la arena.

Los puentes que nos renuevan, nos elevan.

Y entre los cables de la luz, telarañas.

Mientras tanto, y al final, tomo agua de hilos de maíz, dorados.

Toboganes

El vacío que dejaban en la panza era el mismo que sentía cuando, en no pocas ocasiones, había estado a punto de

ser descubierta en su labor de espía. Lo que la llevaba a ser espía era ese vacío. Le gustaba sentirlo una y otra vez, independientemente del sitio y el momento.

Su madre había sido cirquera, una actriz dentro de una carpa olvidada proveniente de Rumania. En el tren, se dedicaba a escribir cartas suyas, cartas de otros y, al leerlas, recordaba retazos de vidas pasadas, como visiones presentes ahuyentadoras de malos espíritus... Siempre tenía un músico cerca.

Antofa

Salir, cambiar, menstruar, cambiar de ciclo...

Una tarde como de los sesentas, con la profe Marta, que sigue buscando la alegría en su sonrisa eterna, en la perspicacia de cada instante, en la maravilla del presente, que la hace feliz y así nos hace felices. Hay seres cuya única tarea es ser felices para hacer felices a los demás. Y entonces la noche... certera, radiante, como con un sol en la mitad de la panza.

Acá

Repetir para perfeccionar. Encontrar la fascinación del error, el talento del error, la armonía del error.

Somos cuerpo. Cuerpo abandonado, distanciado. Somos pies y camino en la arena. Cuerpo que espera desesperado el momento de danzar. Se vuelve un camino que tejo. Se vuelve un despertar del viaje, un equilibrio distante. Todo distante. Y cerca, la verdad.

Y al llegar a la verdad, miles de cabos sueltos enlazados en la cicatriz de la memoria. Perdón sin olvido, drama sin lamento, ira canalizada, tranquilidad en el alma.

*

¿Y qué pasaría si este libro terminara aquí?
¿Si todo se concretizara en un absurdo final,
si dejáramos para más tarde las ansias de VIVIR?





SHEREZADE
Ediciones femeninas

info@mujeresencirculo.org

*Esta edición se gestó
durante el invierno de 2018/2019
(Hemisferio Norte),
para ser lanzada en el
equinoccio de primavera
(marzo de 2019, E. C.).*



Todas tenemos una historia que contar, y hacerlo es la oportunidad de recordar, de poner en palabras nuestra memoria —y así soltar, sanar— y, quizás, ser el aliento de otras que atraviesan una experiencia similar; todas podemos ser espejos, porque todas, aunque diversas, compartimos la esencia del ser mujer, y tenemos memorias uterinas comunes; mi dolor es tu dolor, mi alegría tu alegría, por eso hay una frase que dice “si sana una, sanamos todas”.

